

Lo que se echa en falta, dadas las numerosas referencias que aparecen, es un índice de autores, tanto antiguos como modernos, y de sus obras.

A pesar de que el comentario no es completo ni sistemático, este libro constituye un instrumento de gran utilidad tanto para el investigador como para el docente, ya que proporciona unos comentarios de inestimable valor.

ALBERTO ALONSO GUARDO

Josefo, Flavio, *La Guerra de los judíos. Libros I-III*. Introducción, traducción y notas de Jesús M.<sup>o</sup> Nieto Ibáñez, Madrid, Editorial Gredos 1997, 516 págs.

La aparición en la Biblioteca Clásica Gredos de una traducción moderna de la Guerra de los judíos es un acontecimiento cultural para la comunidad hispanohablante. Se ha superado afortunadamente la antigua dicotomía entre autores clásicos y autores tardíos o cristianos. El gran público de habla española, cada vez más numeroso, tiene acceso ahora a una parte importante del legado de nuestra cultura occidental como Josefo, Filón (*Sobre los sueños* y *Sobre José*) o La Vida de Constantino de Eusebio de Cesarea. Y esperamos que este ejemplo se extienda a otros clásicos como la Vida de Antonio de Atanasio de Alejandría y obras escogidas de los Padres de la Iglesia. Vaya, pues, por delante mi felicitación al autor y a la editorial Gredos.

La Guerra de los judíos, es el documento histórico más importante con que contamos sobre el Oriente Próximo en el cambio de era, un período enormemente creativo en el que se fraguan dos religiones con fuerte impacto en Occidente, el judaísmo normativo y el cristianismo. Fue conservada y transmitida en exclusiva por los cristianos como toda la obra de Josefo. Y ha sido tal vez el autor más editado y traducido después de la Biblia, desde la traducción de Alfonso de Palencia (1492) probablemente a partir del latín<sup>1</sup>, dedicada a Isabel la Católica, como la Gramática de Nebrija, hasta la versión que ahora reseñamos. También se le ha denominado el quinto evangelio por la información que suministra sobre el período formativo del cristianismo. En esta recepción sorprendente de la obra de Josefo por parte del cristianismo tal vez haya influido el hecho de que conserva el único testimonio extrabíblico sobre Jesús, el llamado *Testimonium Flavianum* (*Antigüedades* XVIII, 63-64).

Paradójicamente ha sido excluido de la tradición judía como traidor hasta época muy reciente. “Du bon usage de la trahison” es el título del prólogo de Pierre Vidal-Naquet a la traducción francesa de la Guerra por Pierre Savinel publicada en París 1977. Traidor o profeta y teólogo de la historia? Otro joven general del ejército judío como Josefo, pero esta vez de la guerra de los seis días, Yigael Yadin, excavador de Masada, calificará a Josefo de historiador brillante pero judío deplorable<sup>2</sup>, tachándole de colaboracionista.

<sup>1</sup> La edición príncipe en griego aparece en Basilea 1544.

<sup>2</sup> Dice Yadin que la única información sobre Masada la tenemos gracias a “the writings of that brilliant historian and unfortunate Jew, Josephus Flavius (Joseph ben Matatyahu, in Hebrew)”, cf. Y. Yadin, *Masada. Herod's Fortress and the Zealot's last Stand*, Londres 1971, p. 15.

Es difícil sustraerse a la idea de oportunismo político cuando Josefo en Jotapata, como general de las tropas judías de Galilea, se entrega a los romanos y le profetiza a Vespasiano que llegará a emperador. La historia del suicidio alternativo nos hace sonreír sobre todo cuando la suerte hace que Josefo sea el último de la ronda con otro compañero al que convence para que no se maten (*Guerra* II, 387-408). Pues a partir de ahí, a los treinta años, comienza su brillante carrera que después culminará en la corte de los Flavios. Pero Josefo estaba convencido, y así lo repite una y mil veces en la *Guerra*, de que Dios, el Dios de Israel, había abandonado a Jerusalén por los pecados de la nación y que ahora estaba en Roma con el imperio romano. La *Sekinâ* o presencia de Dios había abandonado el Templo. Según su teología política la providencia de Dios gobierna el mundo a través de la sucesión de los diversos imperios y ésta era la hora del imperio romano al cual era insensato oponerse. “Tal vez haya que hablar del Destino, tal vez de la Providencia divina” nos dirá como reflexión final antes de entregarse a los romanos (*Guerra* III, 391). Y cuando Cestio Galo, el gobernador de Siria (63-66) asedia Jerusalén, Josefo insiste en que se hubiera apoderado de ella de haber insistido un poco más en el asedio y añade: “pero creo que Dios, a causa de los criminales, se había apartado ya de esta ciudad sagrada y por eso impidió que la guerra acabara aquel día” (*Guerra* II, 539). Y en la oración que dirige a Dios al rendirse en la cueva de Jotapata se equipara al profeta Jeremías en sus reflexiones sobre las causas de la derrota: “Ya que has decidido aplastar a la raza judía, tú que eres su creador, ya que toda la Fortuna se ha puesto del lado de los romanos, y has elegido mi alma para revelar el futuro, me rindo voluntariamente y conservo la vida, y te pongo a ti por testigo de que no lo hago como traidor, sino como servidor tuyo” (*Guerra* III, 354).

Todo esto y mucho más se encuentra en las páginas de la *Guerra*, cuidadosamente traducida y anotada por el profesor Nieto Ibáñez siguiendo el modelo de la colección. Acompaña a la traducción una introducción sustancial seguida de una bibliografía selecta pero actualizada, un índice onomástico y tres apéndices: un mapa de Palestina en el s. I d. C. y los cuadros genealógicos de las dinastías seléucida, asmonea y herodiana. Sigue en su traducción la edición crítica de B. Niese (Berlín 1955), pero al comienzo de cada libro indica sus propias correcciones a dicha edición, normalmente basadas en conjeturas de los estudiosos.

Ante nuestros ojos desfilan todas las pasiones humanas: los celos, la envidia, la ambición, la venganza, la traición, la adulación y el crimen, con análisis fascinantes de la condición humana; la intriga y conspiración en la corte de Herodes el Grande, la figura mejor documentada de toda la Antigüedad, las turbulencias de su vida familiar atormentada (Herodes ejecuta a tres de sus hijos, a Alejandro y Aristóbulo en el año 7 a. C. y a Antípato en el año 4, cinco días antes de su muerte). Y todo ello en un período que en buena parte coincide con el narrado en los escritos del Nuevo Testamento y en los Documentos del Mar Muerto. Sin embargo la diferencia radica en que Josefo es el único escritor del s. I interesado por la historia, la historia de su pueblo y la historia universal: ni Filón (20 a. C.- 45 d. C.), ni el Nuevo Testamento, ni los Documentos de Qumrán, ni los autores de los escritos pseudoepigráficos, ni los redactores de la Misná, escriben desde una perspectiva histórica en sentido moderno. Sólo eso explica que escritos cuyas coordenadas temporales en parte coinciden, se ignoren mutuamente. Tal es el caso del Nuevo Testamento y de la biblioteca de Qumrán. En los manuscritos del

Mar Muerto las alusiones históricas son mínimas y ni siquiera aparece una mención de Herodes el Grande, que llenó con su reinado casi cuarenta años de historia judía (37-4 a. C.), con unos logros arquitectónicos que asombraban a sus contemporáneos.

De modo que la imagen que nos llega del pasado es *limitada*; gran parte de los escritos que se conservan no se interesan por la historia y están condicionados por la peculiaridad de las fuentes en que se nos han transmitido: literatura devota relacionada con la Biblia y transmitida por manos piadosas. Y además esta imagen del pasado es *sesgada*; se nos transmite lo que interesa a ciertos grupos con poder político o religioso. Josefo mismo nos da su propia visión de los hechos, de la guerra judía, que debe ser escrupulosamente contrastada. Por ejemplo, nos gustaría saber la visión que daba de la guerra judía Justo de Tiberias, acérrimo enemigo de Josefo, que redactó en griego una historia de la guerra que se ha perdido, y que se refugió en la corte de Agripa II antes de que los romanos ocupasen Judea (*Vida*, 336-367 y 390-393). Incluso Josefo nos da versiones contradictorias de los mismos hechos en la Guerra y en las Antigüedades y el biógrafo más reciente de Herodes nos advierte que todos los relatos de Josefo sobre Herodes son más o menos ficticios<sup>3</sup>, o como dice Cohen con ironía, “[Josephus] can invent, exaggerate, over-emphasize, distort, suppress, simplify, or, occasionally, tell the truth”<sup>4</sup>.

En esta línea de crítica de fuentes me voy a fijar, a modo de muestra, en el famoso pasaje del libro segundo de la Guerra (II, 119-166) en el que Josefo describe las setas judías con la terminología propia de las escuelas filosóficas griegas.

Entre las escuelas judías, *hairéseis*, o filosofías del siglo I dedica la mayor extensión a los esenios, y menciona también a los saduceos, los fariseos y los zelotes (la cuarta filosofía). Hoy en día el conocimiento que teníamos de los esenios por las fuentes clásicas (Filón, Josefo, Plinio el Viejo e Hipólito) se ha enriquecido notablemente con la publicación de los principales documentos de Qumrán, la Regla de la Comunidad, el Documento de Damasco, el Manual de Disciplina, la Regla de la Guerra y el Rollo del Templo. Los dos problemas que hoy se plantea la investigación son: a) determinar la relación de los miembros de la “Comunidad de la nueva Alianza”, establecida en Qumrán, con los esenios descritos por esas fuentes clásicas, y b) determinar su relación con los terapeutas de Egipto descritos por Filón en la *Vida Contemplativa*, 1-2, 11-40 y 63-90. Probablemente la “Comunidad de la nueva Alianza” de Qumrán era sólo una parte de los esenios que habitaban en toda Palestina. Y en cuanto a los terapeutas, al parecer, no tenían nada que ver con los esenios, sino que eran una élite de hombres y mujeres que intentaban vivir una especie de judaísmo filosófico, dedicados a la vida contemplativa y al cultivo de la sabiduría. Huyen de la ciudad al campo y se establecen en un conjunto de casas de campo junto al lago Mareotis<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> Cf. Peter Richardson, *Herod. King of the Jews and Friend of the Romans*, Columbia 1996. Ver también A. Schalit, *König Herodes. Der Mann und sein Werk*, Berlin 1969.

<sup>4</sup> S. Cohen, *Josephus in Galilee and Rome. His Vita and Development as a Historian*, Leiden 1979, p. 181.

<sup>5</sup> Cf. J. E. Taylor y Ph. R. Davies, “The So-Called Therapeutae of the *Vita Contemplativa*. Identity and Character”. *HTR* 91 (1998) 3-24.

De los saduceos sólo sabemos por Josefo y el Nuevo Testamento, que coinciden en los rasgos fundamentales de esta secta, pero, por desgracia, no poseemos ningún documento saduceo sobre sus propias creencias y principios.

De los fariseos hablan Josefo y una serie de pasajes, gran parte de ellos polémicos, del Nuevo Testamento. Parece claro que este predominio de relatos antifariseos en el Nuevo Testamento ha creado una imagen deformada del fariseísmo en tiempos de Jesús. Hoy nadie duda de que en los años que siguieron a los acontecimientos de la destrucción del Templo, los descendientes de los fariseos, los sabios, llegaron a ejercer una hegemonía total sobre el resto de los grupos judíos, negociaron con Vespasiano la coexistencia pacífica y organizaron su vida en torno a la Ley en el sínodo de Yamnia. Esta fue la tarea de Yohanan ben Zacai y los primeros tannaítas. No es extraño, pues, que los relatos cristianos sobre el ministerio de Jesús que se pusieron por escrito en la última parte del siglo tendieran a incrementar el papel de los fariseos dándoles un perfil cada vez más negativo en cuanto oponentes y competidores de los seguidores de Jesús.

Pero quedaría incompleta la imagen del judaísmo y de la sociedad de Palestina en el siglo I sin mencionar siquiera una serie de grupos marginales y radicales con especial protagonismo en la Guerra de los judíos: los zelotes, sicarios, bandidos, vagabundos y embaucadores, profetas (pseudoprofetías para Josefo) y mesías<sup>6</sup>.

Los zelotes son un movimiento 'fundamentalista' de fanáticos religiosos y nacionalistas. Como movimiento relativamente unificado comenzó el año 6 d. C. cuando Judea se convierte en provincia romana y Judas el Galileo se negó a pagar el tributo a los romanos (*Guerra II*, 118). Fue un movimiento judío de liberación que luchó hasta provocar la gran revuelta contra Roma en el 66, cuando conquistan Jerusalén y destruyen los archivos y registros de deudas. Los sicarios son auténticos terroristas urbanos y utilizan tácticas muy semejantes a las de los modernos terroristas: a) asesinatos simbólicos selectivos, como el del sumo sacerdote Jonatán (*Guerra II*, 254-257), b) asesinatos más generales, y c) secuestros como el del hijo del sumo sacerdote Ananías narrado en *Antigüedades XXIII*, 208-210. Todos sus actos iban dirigidos contra colegas judíos en puestos de responsabilidad por colaborar con la administración del imperio, pero no contra los romanos. Son los que logran escapar a Masada donde terminan con el suicidio colectivo descrito patéticamente por Josefo en el libro VII, 389-401 de la Guerra.

Los bandidos no son rebeldes en general de una guerra no declarada o epítetos peyorativos para designar a los rebeldes, como algunos autores han pensado, sino bandidos reales (*lestés, lestai, archilestés*) que figuran tanto en Josefo como en el Nuevo Testamento. En Galilea constituyeron probablemente el elemento dominante en la rebelión del 66. La revuelta judía contra Roma fue probablemente el ejemplo más sorprendente de revuelta campesina precedida y, en parte, conducida por bandidos. Comparten

<sup>6</sup> Cf. las recientes monografías de R. A. Horsley y J. S. Hanson, *Bandits, Prophets, and Messiahs. Popular Movements at the Time of Jesus*, Minneapolis/Chicago/Nueva York 1984, y R. Gray, *Prophetic Figures in Late Second Temple Jewish Palestine. The Evidence from Josephus*, Nueva York/Oxford 1993.

con la mayoría de la población la orientación apocalíptica que invadió a toda la sociedad judía con excepción de las clases altas, los sumos sacerdotes y los saduceos.

Junto a ellos Josefo describe a una serie de profetas populares con pretensiones más o menos mesiánicas como Teudas, el falso profeta (44-46 d. C.), que logró que muchos le siguieran hasta el Jordán afirmando que a una orden suya se dividirían las aguas (*Guerra III*, 15ss. y *Antigüedades XX*, 97-98); o el profeta egipcio (52-60 d. C.), que consiguió arrastrar hasta el desierto a muchos de sus seguidores y los llevó al Monte de los Olivos prometiendo que a una voz suya las murallas de Jerusalén se vendrían abajo (*Guerra II*, 261-262); o Jesús el hijo de Ananías (*Guerra VI*, 300-309) que, cuatro años antes de la guerra, se pasaba el día profiriendo oráculos lastimeros que presagiaban la caída de Jerusalén.

Pero nuestro conocimiento del siglo I no sólo se ha ampliado por medio de descubrimientos arqueológicos como los de Qumrán sino también a través de, por así decirlo, 'descubrimientos literarios', a saber, textos que ya se conocían como los de la Misná, pero que apenas se habían utilizado como testimonios del judaísmo del s. I. Corresponde a G. Vermes y otros autores judíos el mérito de haber descubierto el movimiento de carismáticos de Galilea, hombres piadosos en contacto familiar con la divinidad, hacedores de milagros según el prototipo de Elías, y al margen o en pugna con el fariseísmo oficial. Vermes ha dedicado varios estudios a personajes del s. I, como Honi el Circulero y sobre todo Hanina ben Dosa, dos santos galileos que iluminan de forma provocativa el ministerio y papel social de Jesús de Nazaret. A través de su trilogía, *Jesus the Jew: A Historian Reading of the Gospel*, Londres 1977; —, *Jesus and the World of Judaism*, Londres 1983 y —, *The Religion of Jesus the Jew*, Londres 1993, rescata la figura de Jesús para la tradición judía situándole históricamente entre los hombres carismáticos y piadosos de la Galilea del s. I.

Por fin es obligado mencionar, aunque sea de pasada, a los judíos helenistas de la diáspora, a los que Josefo no dedica especial atención salvo la mención, entre los procuradores de Judea, de Tiberio Julio Alejandro (46-48 d. C.), en tiempos del emperador Claudio (*Guerra II*, 220). Éste era hijo del banquero alejandrino Alejandro, uno de los personajes más influyentes de la época, y sobrino de Filón de Alejandría. Tiberio Julio Alejandro llegó a ocupar el puesto más alto como *Praefectus Aegyptii* (*Guerra II*, 309), le correspondió la ingrata tarea de reprimir sangrientamente a sus compatriotas judíos de Alejandría en la rebelión del 66 (*Guerra II*, 492-493) y fue también jefe del Estado mayor de Tito durante el asedio de Jerusalén (*Guerra VI*, 237). Obviamente para este fulminante ascenso en el escalafón de la administración romana Tiberio Alejandro había tenido que abandonar la fe y tradiciones de sus antepasados. Pero otros judíos helenísticos ilustrados como el autor de la Carta de Aristeas o el mismo Filón de Alejandría eran partidarios de un entendimiento cultural con el helenismo sin renunciar a su religión y a sus tradiciones. Y por fin, hay constancia de una clase más pobre que mantiene estrechos vínculos con los judíos de Palestina, con fuertes sentimientos nacionalistas y antirromanos, que protagonizarán diversos disturbios en Egipto y la provincia Cirenaica a medida que las condiciones económicas se van endureciendo (*Guerra VI*, 312 y VII, 29).

Este rápido sobrevuelo por las páginas de la Guerra de los judíos solo quiere servir de estímulo e invitación a su lectura. La traducción está hecha con rigor y a la vez

el autor ha conseguido que sea de agradable lectura. Naturalmente que, en ocasiones, se podían haber empleado expresiones menos convencionales, o haber logrado aquí y allá una mayor fluidez en la lengua término. Pero no tendría sentido detenerme en estas minucias en una obra de semejante envergadura que ha requerido un considerable esfuerzo y muchas horas de trabajo concienzudo. Las notas en general son acertadas y sirven tanto para identificar los numerosos personajes históricos que aparecen como los abundantes topónimos. Tal vez se podía haber dado mayor entrada a los resultados arqueológicos procedentes de las excavaciones israelíes de las últimas décadas que han contribuido a esclarecer no pocos pasajes de la Guerra de los judíos.

Pero el resultado de conjunto es excelente y esperamos ver pronto completada la traducción de la Guerra con la publicación del segundo volumen.

NATALIO FERNÁNDEZ MARCOS

Ovidio, *Obra amatoria III: Remedios de amor, Cremas para la cara de la mujer*, intr. ed. crítica, trad. de Antonio Ramírez de Verger, Francisco Socas y Luis Rivero García. Ed. Alma Mater 1998, 344 pp.

La editorial Alma Mater, en su colección de autores griegos y latinos, ha publicado una nueva edición crítica de dos obras del poeta latino Ovidio, los *Remedia Amoris* de la mano de A. Ramírez de Verger y Francisco Socas, y los *Medicamina faciei femineae* de la mano de Luis Rivero García y Francisco Socas.

Este trabajo, que es el tercer volumen de la *Obra Amatoria* de Ovidio editada por Alma Mater y los anteriores constituyen una valiosa aportación al mundo de las ediciones críticas de los clásicos, acompañada de una traducción al castellano, que hace que todo el conjunto sea un interesante trabajo dentro de las ediciones realizadas en España. Contamos con un amplio número de traducciones de estas dos obras, entre las que hay que destacar la de Vicente Cristóbal publicada en Madrid en 1989 o la de Enrique Montero Cartelle en Madrid en el año 1987. Pero no contábamos con una edición crítica de estas obras en castellano, convirtiéndose esta edición de Alma Mater en un instrumento de gran interés para los especialistas de este autor.

El texto latino y la traducción de ambas obras están precedidos de una completa introducción. En la de los *Remedia Amoris* comienza hablando de la época en la que escribió Ovidio para continuar con temas más propiamente literarios como son los modelos, la temática, la estructura, el estilo, la lengua y el verso y finaliza con la fortuna que tuvo esta obra. Por su parte, en la de los *Medicamina faciei femineae* trata en primer lugar sobre el título, donde nos dice que se han transmitido numerosos títulos parcialmente distintos, sobre la autenticidad y la fecha de composición para lo cual sólo tienen en cuenta la cita que se encuentra en *Ars* 3, 205-8 que sería *el terminus ante quem*. Después tratan las cuestiones más literarias donde hay que destacar el punto que habla sobre la métrica ya que es de gran utilidad para los estudiosos de este autor y de su obra. Finalmente habla de la pervivencia, aspecto que en los últimos tiempos se ha puesto tanto de moda y que ha producido grandes trabajos dentro del mundo de la filo-